

De barro y espadaña

Antonio González-Guerrero

Nacido agosto, con escobas de brezo limpiábamos de sarro
los toneles y cubríamos con untos los molares
mellados de la luna.

En dos orzas de agua ungíamos sus bocas y una ablución
de azúcar purificaba sus vientres.

Era como un rito de fuego antes de la circunsición del vino.

Y los perros jugaban con la sangre podrida del bagazo,
o nos lamían las botas alucinadas de manteca.

Con los primeros orvallos de septiembre despeinamos
las vides con navajas.

Y moteaban los mozos las mejillas bermejas del racimo.

Y reían las jóvenes al guiño de la tarde su cansancio.

Eran días de amor y de abundancia
y se nos iban las penas muriendo en su abandono.

Aquellas fueron noches de barro y espadaña,
de rameras al celo y llantos de abubilla.

La guerra dejó un rastro de olvido y transhumancia,
y algunos no llegaron a compartir la cena.

Aquellas fueron noches de miedo y de ceniza,
de mozas sin refajo y pechos como brasas.

Aquellas fueron noches de amor comprometido,
de yugos en la alcoba y tierras pan adentro.

Y en una noche así, pasados quince octubres,
en los bosques secretos de una virgen de tiza,

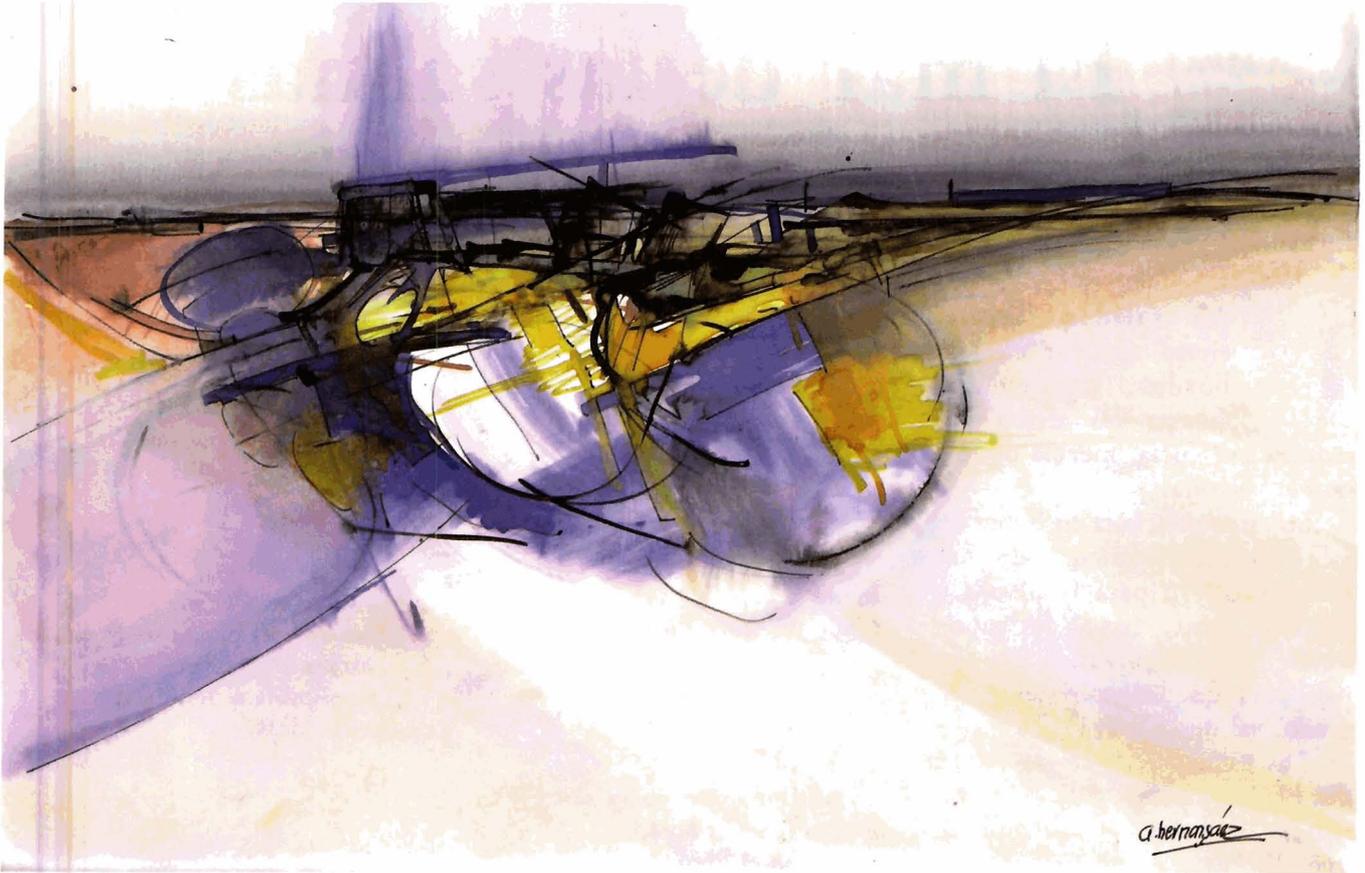
me concibieron hombre los ojos de mi padre.

Y soy aún más triste que un niño de la guerra.

El ajo es un arcángel de armiño y finas greñas,
que enciende los sentidos y ensalma los pucheros.

Las mozas casaderas deben poner tres dientes de ajo sobre el cuello
y una cruz de saúco en el postigo,
o acudir a las medas, al alba en San Antonio.

Las estériles deben untarse la cintura con almizcle
de arándanos y ajenojo, y esconder en los odres dos cabezas
de ajo, al punto en que se pierde la luna en los majuelos.



Han de ungir, de igual modo, los pezones con la leche manceba
de la corza y ayuntar siete días antes de luna llena.

Que el ajo es alminar de augurios y alcancia,
donde llora Guayot, el dios del mal de ojo.

(Así dijo la anciana la noche de San Juan a la hora del conjuro,
y alzamos las copas al adamo del fuego convencidos)

Esta vez, sin embargo, no logró el aquelarre vencer el maleficio.

Y una ola de niebla arrasó los sembrados.

Los hombres recogían los cuelmos en la era el día de la maja,
mientras regaban sus torsos de ébano y membrillo
con viejo vino rojo.

Celemín y ceranda, las mujeres callaban sus pezones con néctares
y encajes, para ofrecer al trigo la desnudez redonda de sus pechos
y a Amalur sus mandiles preñados de cosecha.

Llegado el mediodía, nos bañábamos desnudos en el río,
y eran las aguas mansas y calientes la sangre del cangrejo.

Estaba en la tradición y acaeció así durante el mes de julio.

En agosto, los búhos descendieron hasta el valle y llenaron
de hojarasca el vientre de los peces.

Y desde entonces vienen las aguas todo el año frías.